

EL BARCO
DE VAPOR

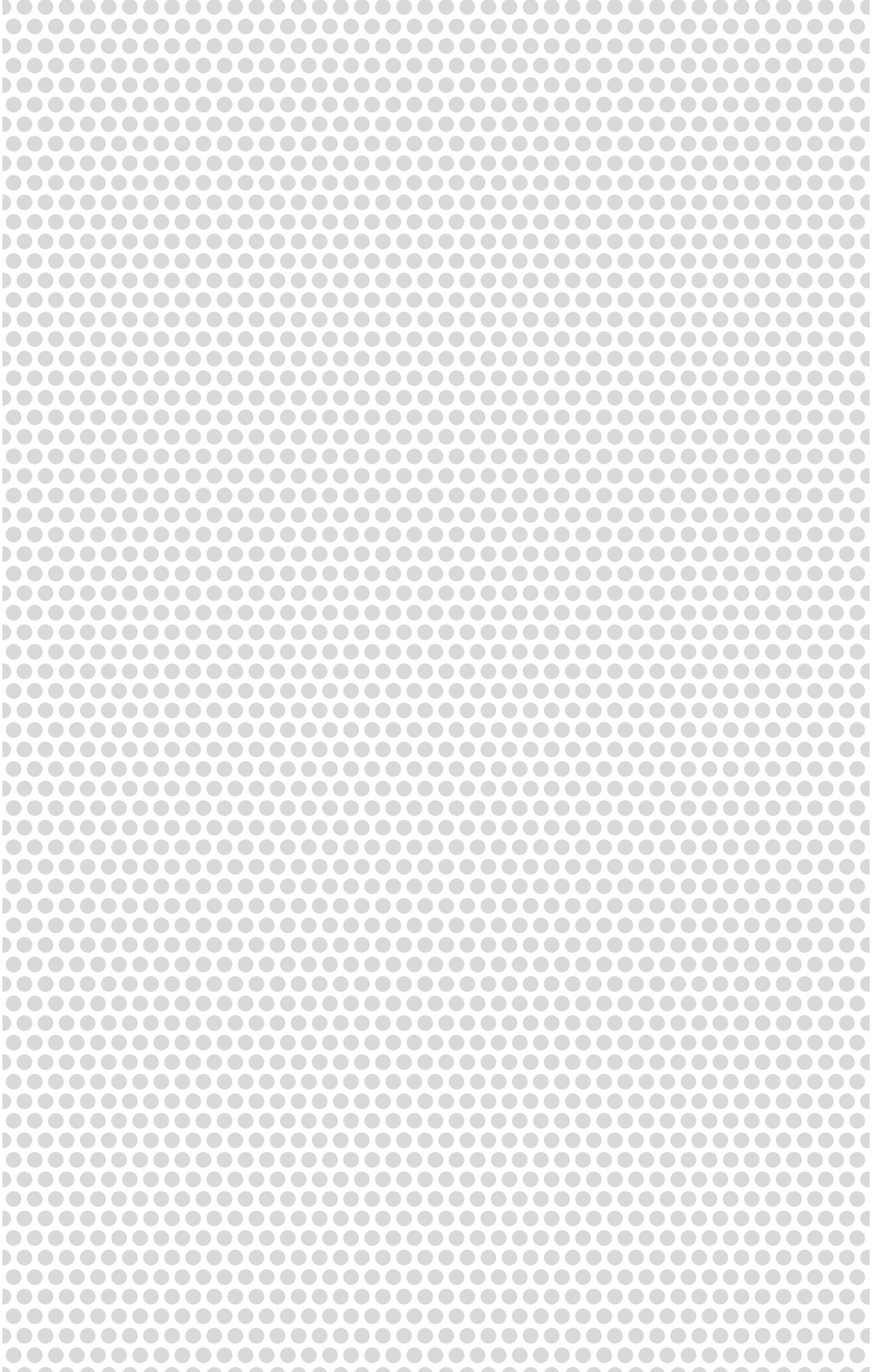
Sucesos en Monte Páramo

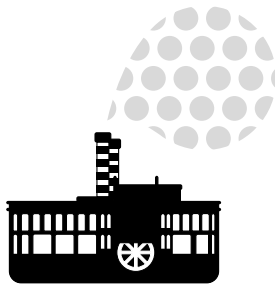
Louis Sachar

Ilustraciones
de Luisa Uribe



sm





EL BARCO
DE VAPOR

Sucesos en Monte Páramo

Louis Sachar

Ilustraciones de Luisa Uribe



Primera edición: septiembre de 2016

Gerencia editorial: Gabriel Brandariz
Coordinación editorial: Carla Balzaretti
Coordinación gráfica: Lara Peces

Título original: *Fuzzy Mud*
Traducción del inglés: Ana H. de Deza

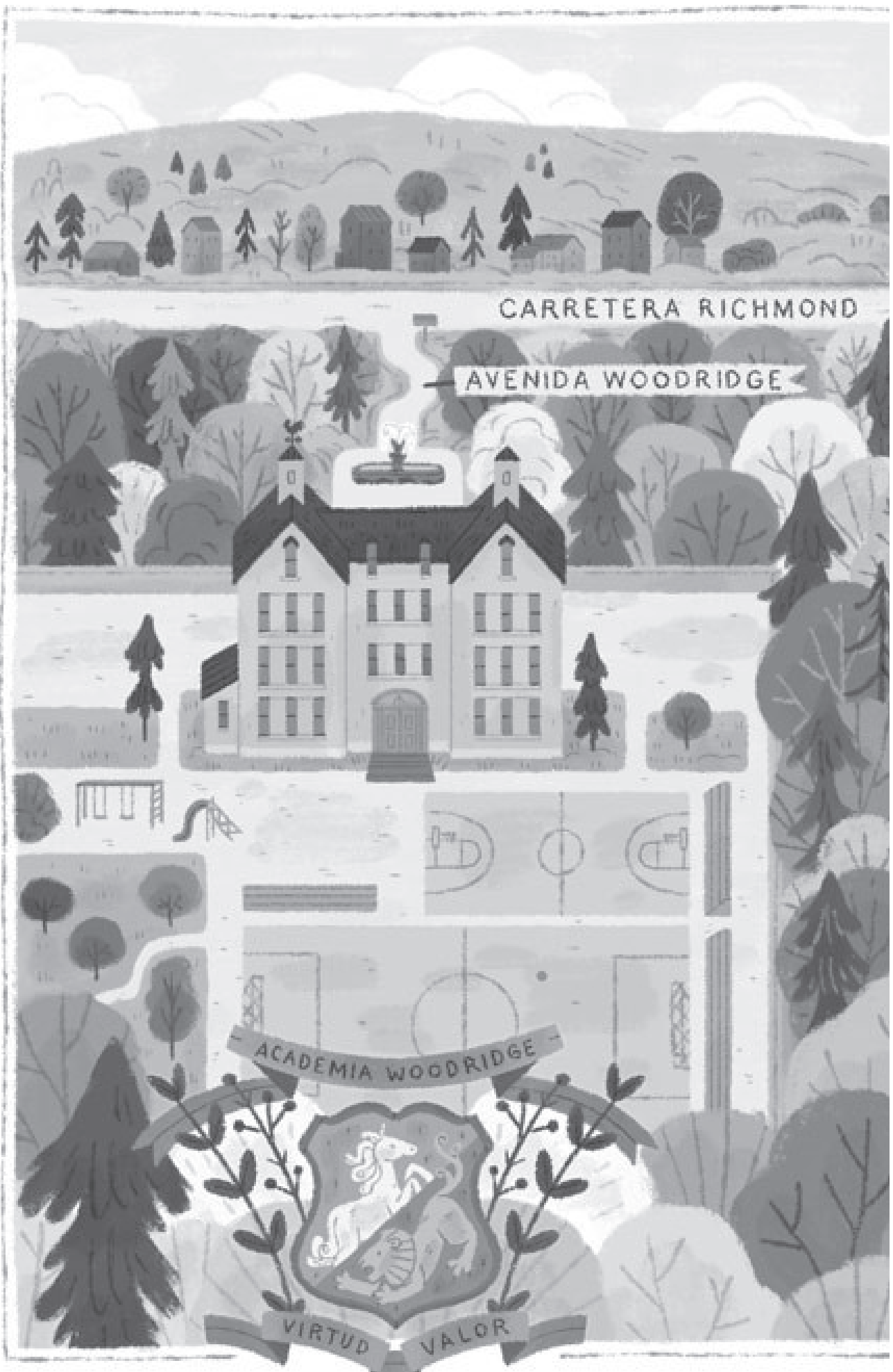
© del texto: Louis Sachar, 2015
© de las ilustraciones: Luisa Uribe, 2016
© Ediciones SM, 2016
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE
Tel.: 902 121 323 / 912 080 403
e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-675-9040-1
Depósito legal: M-26896-2016
Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*A Carla, por soportar
todas mis idiosincrasias y manías.*

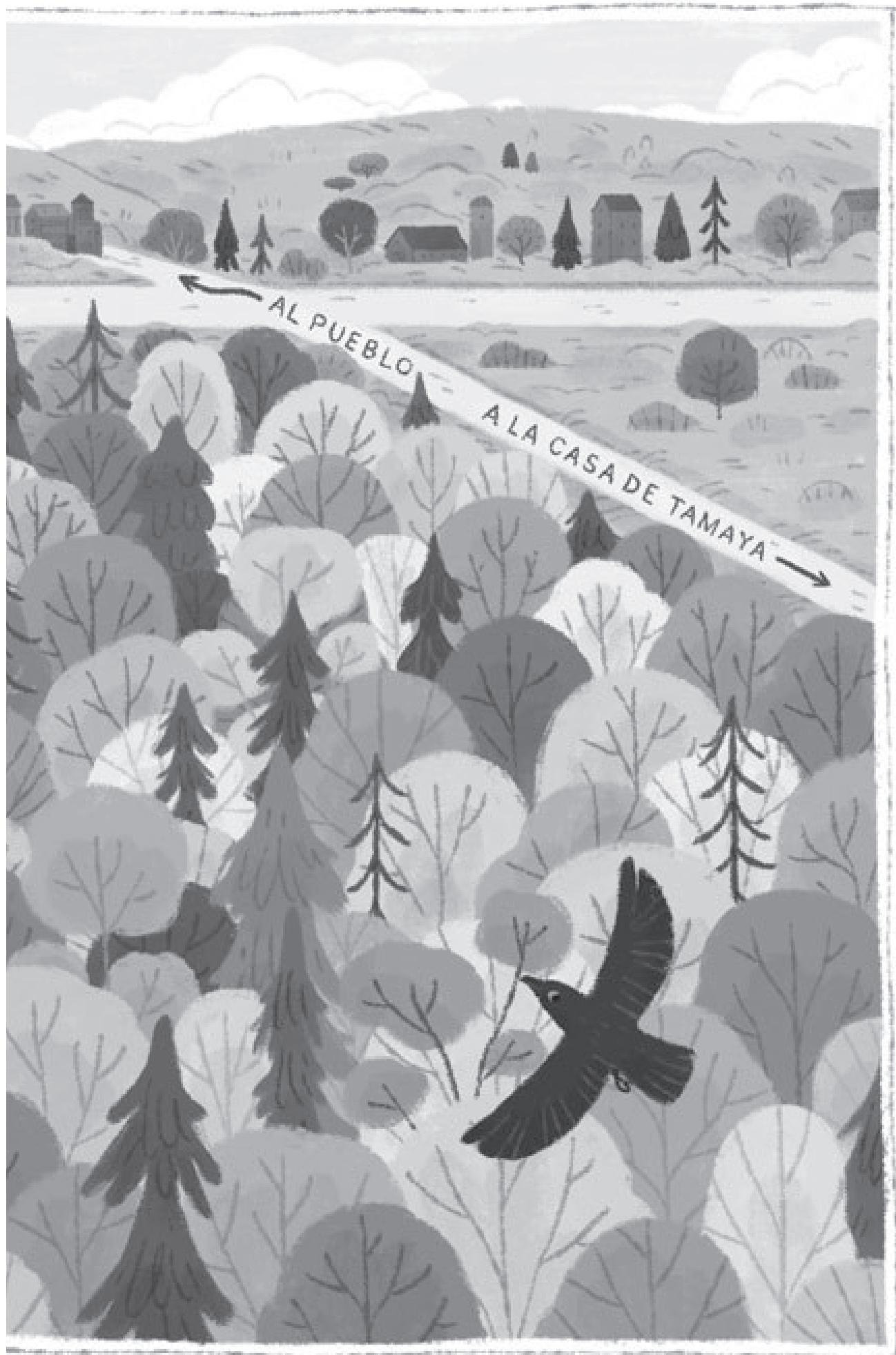


CARRETERA RICHMOND

AVENIDA WOODRIDGE

ACADEMIA WOODRIDGE

VIRTUD VALOR



● **1**

MARTES 2 DE NOVIEMBRE

11:55



LA ACADEMIA WOODRIDGE, un colegio privado de Monte Páramo, en Pensilvania, fue en tiempos el hogar de William Páramo, que había dado nombre al pueblo. Casi trescientos alumnos asistían ahora al edificio de cuatro plantas, de piedra negra y marrón, donde William Páramo vivió entre 1891 y 1917 con su esposa y sus tres hijas.

La clase de quinto a la que iba Tamaya Dhilwaddi, en la cuarta planta, había sido el dormitorio de la hija pequeña. La zona de educación infantil se encontraba donde estuvieron los establos. El comedor antes era un gran salón de baile, en el que parejas elegantes y bien vestidas bebían champán y danzaban mientras la orquesta tocaba. Aún colgaban del techo las lámparas de araña, pero ahora el lugar olía siempre a queso y macarrones rancios. Doscientos ochenta y nueve niños, entre los cinco y los catorce años, soltaban chistes de mocos, derramaban la leche y chillaban sin motivo aparente con la boca llena de gusanitos.

Tamaya no chilló, más bien se tapó la boca con una mano para ahogar un grito.

–Tiene una barba larguísima, salpicada de sangre por todas partes –decía un chico.

–Y no tiene dientes –añadió otro.

Eran chavales mayores, de otro curso. Tamaya se sentía emocionada por el simple hecho de estar hablando con ellos... aunque la verdad es que, hasta ese momento, no había dicho ni palabra a causa de los nervios. Estaba sentada en medio de una mesa larga, comiendo con sus amigas Monica, Hope y Summer. Tenía la pierna de uno de los chicos mayores a unos centímetros de la suya.

–Ese tipo no puede masticar la comida –continuó el chaval que había hablado primero–. Su perro tiene que mascársela. Luego la escupe y él se la come.



–¡Qué asco! –exclamó Monica. A juzgar por el modo en que le brillaban los ojos, Tamaya habría jurado que su mejor amiga estaba tan emocionada como ella de que los mayores les estuvieran prestando atención.

Estaban hablando de un ermitaño chiflado que vivía en el bosque. Tamaya no se creía ni la mitad de lo que decían; sabía que a los chicos les encantaba fanfarronear. Aun así, era divertido dejarse llevar.

–Además, lo que tiene no son perros –dijo el chaval que estaba sentado al lado de Tamaya–. ¡Son más bien lobos! Grandes, negros, con colmillos gigantes y ojos rojos y brillantes.

Ella se estremeció.

La Academia Woodridge estaba rodeada de kilómetros de bosque y colinas rocosas. Tamaya iba andando



al colegio todas las mañanas junto a Marshall Walsh, un chico de séptimo curso que vivía a tres casas de distancia de la suya, al otro lado de la calle; una calle llena de árboles. La distancia hasta el colegio era de casi tres kilómetros, pero habría sido mucho más corta de no existir todo un bosque que debían rodear para llegar hasta allí.

–¿Y qué come? –preguntó Summer.

El chico que estaba al lado de Tamaya se encogió de hombros.

–Lo que le traigan sus lobos –respondió–. Ardillas, ratas, personas... ¡Le da igual mientras sea comestible!

El chico le dio un buen bocado a su sándwich de atún y luego imitó al ermitaño metiendo los labios para fingir que no tenía dientes. Abrió y cerró la boca de forma exagerada, enseñándole a Tamaya la comida a medio masticar.

–¡Eres un guarro! –gritó Summer, que estaba sentada al otro lado de Tamaya.

Todos se rieron.

Summer era la más guapa de las tres. Tenía el pelo rubio y los ojos azul cielo. Tamaya pensó que seguramente ese era el motivo por el que los mayores estaban hablando con ellas. Todos los chicos se portaban como idiotas cuando estaban cerca de Summer.

Tamaya tenía los ojos oscuros y una melena negra a la altura del cuello. Solía llevarlo mucho más largo, pero tres días antes de empezar las clases, mientras estaba en Filadelfia con su padre, tomó la decisión drástica de cortárselo. Él la llevó a una peluquería muy

elegante que seguramente no podía permitirse. En cuanto se lo hubo cortado, se arrepintió; pero cuando regresó a Monte Páramo, todas sus amigas le dijeron que parecía mucho más madura y sofisticada.

Sus padres estaban divorciados. Pasaba la mayor parte del verano con su padre, además de un fin de semana al mes durante el curso. Filadelfia estaba al otro lado del estado, a casi quinientos kilómetros. Cuando volvía a casa, a Monte Páramo, siempre le daba la sensación de que se había perdido algo importante mientras estaba fuera. Puede que se tratara solo de una broma de la que todas sus amigas se reían, por ejemplo, pero ella se sentía desplazada, y tardaba un tiempo en volver a encajar.

–Estuvo a esto de comerme –aseguró uno de los chavales juntando índice y pulgar de modo significativo. Tenía el pelo negro y corto y la mandíbula cuadrada, lo que le daba aspecto de tipo duro–. Un lobo me lanzó un bocado a la pierna justo cuando estaba trepando por la valla.

El chico se subió al banco y les enseñó la pernera del pantalón como prueba. Tamaya vio un agujerito justo encima de la zapatilla. Pensó que podía tratarse de cualquier cosa. Además, si hubiera estado huyendo de un lobo, habría tenido el agujero en la parte de atrás, no delante. El chico la fulminó con la mirada. Tenía los ojos azules como el acero y a Tamaya le dio la sensación de que le había leído la mente y le retaba a decir algo al respecto.

Ella tragó saliva.

–Se supone que no tenéis permitido ir al bosque –murmuró finalmente.

El chico soltó una carcajada y sus amigos le acompañaron.

–¿Y qué piensas hacer? –contestó–. ¿Decírselo a la señora Thaxton?

Tamaya notó que enrojecía.

–No.

–No le hagáis caso –dijo Hope–. Tamaya es una niña buena, nunca ha roto un plato.

Eso le dolió. Hacía solo unos segundos se sentía genial, hablando con los chicos mayores... y, de pronto, todos la miraban como si fuera un bicho raro.

Intentó tomárselo a broma.

–Pues nada, tendré que romper alguno.

Nadie se rio.

–Eres una santita –dijo Monica.

Tamaya se mordió el labio. No entendía por qué le parecía mal lo que había dicho. Al fin y al cabo, Monica y Summer habían llamado asquerosos y guarros a los chicos y eso no les había molestado. De hecho, parecían orgullosos de que las chicas pensarán así de ellos.

«¿Cuándo cambiaron las reglas?», se preguntó.
«¿Cuándo empezó a ser bueno lo malo?».

Al otro lado del comedor, Marshall Walsh estaba sentado en medio de un montón de chicos que reían a carcajadas y hablaban a gritos. A un lado de Marshall había un grupo. Al otro lado, un grupo distinto. Entre los dos, Marshall comía solo y en silencio.